

despues de haber visitado la tenebrosa mansion de los sepulcros con las antorchas de la justicia y de la fe, para mirar de bulto en la eterna reprobacion de los impenitentes el significado propio del temor de la muerte; despues que latiendo el corazon al impulso del arrepentimiento, como latia de dolor y esperanza el del Hijo pródigo, habéis encumbrado vuestra mente á la colina de la Redencion, para echaros á los piés de la Gran Víctima que conquistó vuestra libertad gloriosa con su Sangre; despues que trasponiendo los espacios y los tiempos, habéis logrado ver en espíritu las perdurables luces que bañan perennemente las colinas augustas de la eterna Sion, y comprendido cómo una alma fiel mira volver á la nada estos mentidos placeres, estos intereses bastardos, estas ilusiones funestas, estas miserias de la humana ventura, estos goces emponzoñados que plantan y fecundan en el corazon el árbol de la muerte: despues de todo esto, vuelvo á decir, y al daros la recíproca enhorabuena por el término feliz de este santo retiro, ¿volveréis, hermanos míos, á caer en las redes de vuestros adversarios, á recibir el tiránico, el infamante yugo de vuestras propias pasiones? Al seguir vuestra peregrinacion por esta tierra extrajera, ¿inmolaréis al goce de un placer engañoso y momentáneo los intereses de vuestra felicidad, los sentimientos de vuestra patria? ¿Volveréis de nuevo á las regiones lejanas del pecado, para sufrir el hambre desoladora, y caer bajo el poder indómito del tirano, y apacentar animales inmundos, y desear en vano su detestable alimento? ¿Sonará por último para vosotros la última hora del tiempo con el anatema de una eterna reprobacion?

¡No lo permita Dios! Antes que tal suceda exhale nuestro corazon el último suspiro, ábranse para tragarnos los sepulcros, despues de haberse cruzado por vuestras almas todas las tribulaciones y todas las penas de la vida!

¡Dios eterno! Dios justo y misericordioso! dejad caer sobre nosotros una de esas miradas omnipotentes que hieren vivamente el corazon, trasforman al hombre y producen la santidad! Vos nos habéis traído aquí: vuestra es la palabra que hemos escuchado en la soledad, vuestras las inspiraciones que hemos venido á encontrar en el retiro, vuestro el portento de gracias que todos hemos recibido en esta vez: vuestro sea tambien ¡oh Señor! el resto de nuestra vida, vuestro el último aliento que anuncie la partida de nuestras almas, y nuestros por los siglos de los siglos vuestro amor infinito y vuestro reino inmortal! AMEN.

## SERMON

SOBRE

## EL SACERDOCIO.

PREDICADO

EN LA IGLESIA DE FRANCISCANOS DE GUANAJUATO EL 22 DE AGOSTO DE 1856,

EN LA SOLEMNE FUNCION

DE PRIMERA MISA DE UN NUEVO PRESBITERO.

*Ego elegi vos, et posui vos, ut cati, et fructum afferatis, et fructus vester maneat.*

Yo os he elegido á vosotros, y destinado para que vayais y hagáis fruto, y vuestro fruto sea duradero.

San Juan cap. XV, v. 16.

Á la vista de ese nuevo sacerdote que viene al templo á ofrecer al Señor en su altar las primicias de su ministerio, mi corazon, hermanos míos, vivamente conmovido con un espectáculo el mas grande que puede ofrecer la tierra, cual es la celebracion del Sacrificio divino, experimenta mil sentimientos diversos que inútilmente se esforzaria por desahogar en toda su plenitud. El ingreso de un nuevo sacerdote á la sagrada tribu; el acto sublime de pronunciar por la primera vez las palabras misteriosas que hacen descender á sus manos al Santo de los Santos; la escena representada en ese altar por todos los ministros que acompañan la ceremonia sagrada; la espléndida pompa con que la piedad se esfuerza en celebrar una solemnidad tan augusta; el santo apresuramiento con que han venido á ella los fieles; su religioso continente y recogimiento profundo: todo esto parece trasladar nuestro espíritu á la época por siempre memorable y gloriosa en que Jesucristo Señor Nuestro, el Sacerdote

Eterno segun el órden de Melquisedec, estando ya para morir, instituyó el Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre, le ministró en persona á todos sus apóstoles, revistió á éstos de la dignidad sacerdotal, otorgándoles el divino poder de consagrar su Cuerpo y Sangre para renovar incruentamente su Sacrificio, y les mandó que ejerciesen tan alto ministerio en memoria suya.

¿Quién es capaz de levantar el humano discurso hasta la altura de su objeto cuando se trata de esta institucion divina, de esta dignidad incomparable, que parece deificar al hombre, de este poder supremo sobre el tiempo y la eternidad, otorgado al sacerdote por el Dueño del cielo y de la tierra? ¿Dónde está el pensamiento que no quede rendido bajo el peso de una consideracion tan inmensa? ¿dónde la palabra que no aparezca estéril ante la virtualidad infinita de este ministerio? ¿dónde la elocuencia que no se esterilice y agote ante sus grandezas inefables?

¿Qué os diré pues, católicos, que sea mas instructivo y edificante para vosotros, con motivo de esta santa solemnidad? ¿Cómo abarcar en mi discurso todas las grandes ideas que su objeto abraza, ni desahogar tampoco los sentimientos que inspira? ¿Qué puntos elegir de preferencia en una materia tan rica y vasta, que ha fecundado constantemente la elocuencia y el genio de los mas insignes oradores del cristianismo? Si yo hablara en aquellos felices tiempos en que la fe vivía sin contradiccion y caminaba sin obstáculo, en aquellos tiempos en que la duda maligna y alevosa de la impiedad no habia empezado aún á desarroyar su contagio entre nosotros, pasaria en silencio cuanto se ha combatido mas tarde, y me fijaria solo en aquello que considerase mas propio para el incremento de la piedad: hablaria de la dignidad sacerdotal, no para enfrenar el atrevimiento de un siglo sacrilego, sino para encarecer los deberes de un estado tan santo á los ojos del nuevo sacerdote, y la veneracion que merece, al espíritu religioso del pueblo fiel. Mas por una desgracia lamentable hablo en una época de trastorno y frenesí, en un tiempo en que mil voces desconcertadas se levantan donde quiera contra el sacerdocio católico, en que el ministerio augustó del altar y de la conciencia sufre entre nosotros los ataques diversos que en otros pueblos y en otras épocas han hecho derramar tantas lágrimas á la Iglesia de Jesucristo. Pasamos por una crisis tan terrible para la fe, que parece prescribarnos como un deber á los ministros de la palabra evangélica, consagrar á la vindicacion de las verdades conculcadas un tiempo que de otra suerte correria tranquilo entre las dulces expansiones de la piedad. Es necesario elevarnos hasta la institucion misma del sacerdocio, para poner en claro su grandeza, su dig-

nidad, su poder, sus merecimientos y sus glorias; hoi que todo se desconoce y todo se combate, y mostrar á los ojos del pueblo fiel en sus altas dimensiones un objeto que el error y la impiedad se esfuerzan por encubrir y aun desnaturalizar: es necesario, diré de una vez, acomodar nuestros discursos á las grandes necesidades de la época presente.

Jesucristo Señor Nuestro, cuyo pensamiento infinito va siempre delante de los siglos, tuvo especial cuidado de prevenir la defensa de su institucion ántes con mucho de dejarla perfectamente establecida. Todavía no habia llegado el tiempo de inaugurar el ministerio santo de la predicacion, todavía la hacia por sí mismo el Divino Maestro en presencia de aquellos á quienes habia elegido por discipulos, para que mui pronto fuesen los Doctores del mundo; pero ya les hablaba del gran Sacrificio que mui pronto iba á consumar, ya celebraba con ellos la Pascua en la noche de la Cena, ya estaba instituyendo el Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre, cuando, queriéndoles dar á ellos y en ellos á todo el Universo, una idea exacta de la dignidad representada en el carácter sacerdotal, los saluda con el título de *amigos* y no de *siervos*; los hace confidentes íntimos de sus secretos eternos; los declara sucesores de su augustó sacerdocio, por la virtud infinita de su voluntad y su poder, pues el mismo los habia elegido y consagrado para tan alto ministerio; les anuncia el objeto de esta mision é institucion, que es el de caminar siempre haciendo el bien, y los felices resultados que de ella se promete, y han de consistir en la percepcion constante de sazónados frutos que, saliendo de los dominios del tiempo, permanezcan tanto como la eternidad. "Yo os he elegido," les dice, "y destinado para que vayais por todo el mundo, y hagáis fruto, y vuestro fruto sea duradero." *Ego elegi vos, et posui vos, ut eatis, et fructum afferatis, et fructus vester maneat.*

¿No veis, católicos, en estas pocas palabras la mas brillante apología y la mas fuerte defensa del sacerdocio? ¿Hai una época del tiempo ni un lugar del espacio en que no puedan ellas confundir á los adversarios de esta institucion divina? Estas palabras contienen una doctrina de infinita virtud. Expresion del pensamiento de Dios, tienen un sentido profundo, insondable: verdadas en el tiempo, son de todos los tiempos: dirigidas á la fe y al mismo tiempo á la esperanza y al amor, abastecen la inteligencia, digámoslo así, robustecen la voluntad y dilatan el corazon. No necesito por lo mismo salir de ellas, para reducir á la ignominia del silencio á los miserables discurredores de nuestro siglo, así como tampoco han habido menester de más en todos tiempos, para obtener la victoria mas es-

pléndida con su palabra y con su pluma, los mas esclarecidos apolo-  
gistas del sacerdocio.

Tres clases de enemigos tiene hoy aquí, como siempre ha tenido en diferentes partes, el ministerio católico, cada una de las cuales le hace la guerra de cierto modo, conspirando con las otras á su envilecimiento y á su exterminio. Unos hai que, confundiendo en la persona del sacerdote al hombre con el ministro, desconocen enteramente, no solo su carácter, sino tambien su poder moral, sometiendo su ministerio á las reglas de las instituciones puramente humanas, y posponiéndole á los intereses materiales. Otros hai que bien instruidos en la importancia de este ministerio para la conservacion de la fe, del culto y la moral en los pueblos, pero enemigos jurados de estas tres cosas, le persiguen sin tregua en odio de la religion misma. Otros hai, finalmente, que sin confundir al hombre con el ministro ni pertenecer á los enemigos de la fe, sino ántes bien, venerando el carácter sacerdotal, así como sus funciones, y declarándose católicos, ceden sin embargo á un sentimiento de terror en vista de la persecucion, y temiendo ser envueltos en ella, si observan una conducta franca y hacen sentir su fidelidad á la Iglesia en la defensa pública y firme de sus ministros, se retiran, se aíslan, se ocultan, y esquivan cualquiera lance de aquellos que pudieran comprometer la subsistencia de sus intereses ó la tranquilidad temporal de sus personas. Los primeros desconocen al sacerdocio, los segundos le persiguen, los terceros le abandonan: los primeros son unos ciegos á quienes es necesario ilustrar; los segundos son unos ingratos á quienes es preciso confundir; los terceros unos pusilánimes á quienes es indispensable fortalecer.

Manifiestar pues la grandeza incomparable del sacerdocio á la vista de un mundo ciego que le desconoce y desprecia; demostrar la fecundidad inmensa de su ministerio para el bien en todos los paises y en todos los tiempos, á la faz de un mundo ingrato que le aborrece y persigue, hacer admirar la gloria de su carrera y sentir el interes social de su defensa y conservacion á ese mundo pusilánime y cobarde que le abandona por temor de ser envuelto en su ruina, hé aquí, católicos, el asunto mas importante que puedo proponeros hoy con motivo de esta ceremonia sagrada, y en consecuencia, las verdades que me propongo demostrar en mi discurso.

Mas yo no debo dar principio al desarrollo fecundo de tantos conceptos, sin acudir de antemano á la Madre de la Divina gracia para conseguir aquellos medios que contribuyen eficazmente á inculcar la doctrina y hacerla fructificar en el espíritu de los fieles.

¡O Maria! la Iglesia te saluda Trono de la sabiduría eterna y por

tu medio la solicita y obtiene para todo el pueblo fiel! Alcanzarnos pues esa ciencia celestial que inunda de luz el entendimiento, y al mismo tiempo inflama el corazón con el fuego del amor divino, á fin de que la palabra sagrada produzca en este día los mas felices efectos en este religioso auditorio, que rendido á tus piés implora humildemente conmigo tu intercesion poderosa, saludándote con el Angel llena de gracia. AVE MARIA.

## PRIMERA PARTE.

Hablar, católicos, de las grandezas del sacerdocio, de la excelencia de esta dignidad, del origen y objeto de esta mision, de la magnitud de este poder ó influencia de este ministerio en la marcha religiosa, moral y política de la sociedad, importa nada ménos que incorporarse de lleno en el fondo de la historia, recorrer desde su origen la carrera de los siglos, descubrir la causa de la prosperidad y decadencia de las naciones, ver frente á frente los destinos del género humano en el pensamiento de su Divino Autor, asistir en cierto modo á sus consejos eternos, y sorprender el plan á que se propuso arreglar toda la economía de su gobierno sobre la tierra para regir la conducta de los hombres, y salvarlos del vicio, y hacerlos caminar por los senderos de la virtud á la eterna felicidad. Es imposible aplicarse al estudio reflexivo de esta institucion venerable sin reconocerla como el órgano de los pensamientos eternos, el canal de las gracias divinas, el brazo poderoso y fuerte de un Dios Criador, Salvador y Glorificador en la tierra.

¡Con qué magnificencia brilla en las páginas de la historia! ¡Con qué pompa es instituido en el orden de la religion! ¡Con qué magestad es anunciado desde el principio de los siglos, representado proféticamente durante cuatro mil años, acreditado por el Hijo de Dios ante los hombres en la plenitud de los tiempos y sostenido con su poder hasta nuestros dias! En efecto, católicos: ora desandemos la carrera del tiempo con el fin de sorprender el origen del sacerdocio para seguirle desde allí, ora contemplemos su inauguracion de plenitud en la tierra, ya nos fijemos en las solemnidades que preceden y acompañan á la ordenacion sagrada, ya reflexionemos atentamente sobre la naturaleza y objeto de la mision correspondiente, así como tambien sobre los caracteres intrínsecos y la virtualidad inmensa de este poder; donde quiera sentirémos los reflejos del esplendor mas

vivo, y pagarémos, mientras vivamos de la fe, un tributo espontaneo de acatamiento y veneracion á la dignidad y grandeza incomparables del sacerdocio.

Apénas es prometido un Redentor al hombre delincuente, para salvarle de la desesperacion, cuando se anuncia un ministerio que, reanudaré los lazos cortados por la desobediencia. Los antiguos patriarcas, pendientes de esta grande expectativa, fuéron los ministros de la religion durante la primitiva época del mundo. Sus víctimas representaban la Víctima pura, santa é inmaculada que se inmolaria por todos los hombres cuando los tiempos tocasen á su plenitud: sus plegarias se recogian acá de los umbrales del cielo, digámoslo así, pendientes de Aquel que las haria pasar consigo al regresar triunfante y glorioso de la tierra.

Mas aquel sacerdocio, hermanos míos, aquel culto, como todo lo perteneciente á la primera época de la historia, era puramente doméstico, y en cierto modo, privado: no aparecia entónces todavía con esa magestad social que representa toda una institucion, que obra con la pompa de un magnífico ceremonial, y se ejerce con independencia del patriarcado doméstico y con la soberanía propia de la religion. Hé aquí por qué aquella personalidad sagrada formó despues una tribu numerosa, la tribu de Levi, gran cuerpo de ministros que, escogidos y separados exclusivamente para cuidar del culto divino, expensados por todas las demás tribus, y venerados de ellas por su alta dignidad, fuéron la segunda representacion profética de nuestro Sacerdocio. Aquel Templo erigido á la Divinidad por el mas sabio, el mas rico y poderoso de todos los reyes; aquel Templo, cuyo diseño fué obra del mismo Dios, y cuya magnificencia incomparable hacia resplandecer todas las riquezas de la naturaleza, todos los esmeros de un arte divinamente inspirado, y toda la solicitud de la piedad, era solo una débil figura del Templo cristiano. Aquel sacerdocio tan augusto, tan respetado, tan magnífico, era solamente una sombra del sacerdocio cristiano. Aquella rica pompa ceremonial, cuyo solo código basta para electrizar la admiracion, aquellas vestiduras simbólicas y preciadísimas, aquellas preces fervorosas, aquellos holocaustos, aquellas reservas sublimes representadas en el *Sancta Sanctorum*, aquellas purificaciones misteriosas, aquellas ofrendas, aquellas víctimas, aquel vastísimo, augusto é imponente conjunto de objetos que la historia encarece cuando refiere la accion del sacerdocio judaico: todo esto, hermanos míos, parece nada en presencia del ministerio de la plenitud, del sacerdocio de la Nueva Lei.

¡Con qué solemnidad aparece en los tiempos aplazados desde cuatro mil años atrás para su inauguracion formal en la tierra! ¡Cómo

deja traslucir todo el esplendor de su gloria, por entre los humildes velos con que quiso encubrir su Divinidad, el Sacerdote Eterno á la faz del Universo! Todas las antiguas sociedades, ora por sus claros conocimientos como la judaica, ora por sus vagas tradiciones é inexplicables instintos como el gentilismo, estaban colocándose maravillosamente bajo la accion misteriosa de un invisible poder en la actitud y disposicion convenientes para significar que ya estaba para llegar al mundo Aquel que habia de venir á sacarle de las tinieblas y de las sombras de la muerte. El pueblo judío habia recorrido ya una dilatada carrera de siglos; las generaciones habian llegado al momento en que, saliendo de ellas el Mesías, continuarían su curso sin el carácter de expectantes; aquel grande imperio que sometia á las naciones, gozaba de una paz que estaba inspirando á sus poetas; el cetro del pueblo escogido no habia salido aún pero le faltaba mui poco para salir de Judá. Dios entónces pronuncia en su Consejo divino la llegada de la hora: envía un Arcángel á la Virgen escogida para la Encarnacion del Verbo; el Enviado celestial parte del Empíreo, atraviesa los espacios inmensos, llega á Nazareth, penetra en el retirado albergue de la Inmaculada María, le refiere su mision, calma sus inquietudes revelándole cómo seria madre sin dejar por esto de ser vírgen; recoge de sus labios purísimos aquel *fiat* que, al ser pronunciado, realiza la grande obra de la Encarnacion, y se vuelve inmediatamente á los cielos á manifestar al Dios de justicia y de misericordia, que el Sacerdote Eterno segun el órden de Melquisedec residia ya en la tierra.

Mas no nos detengamos aquí: no limitemos nuestras miradas al Sacerdote-Dios, al Sacerdote Eterno, á Jesucristo mismo: no nos paremos á contemplarle en el establo de Belen recibiendo los tributos de los pastores y humillando ante su cuna la magestad de los reyes: no le sigamos en silencio durante los treinta años de su vida oculta, donde parece haber querido representar cómo debia deslizar-se la niñez, correr la juventud y llegar la edad madura de aquellos que habian de ejercer el ministerio del altar: no le acompañemos al Desierto durante aquellos cuarenta dias que se consagra todo á la oracion y á la penitencia, para prepararse al ejercicio de su ministerio público, cual si hubiese querido transmitir á cuantos habian de sucederle por todos los siglos en las funciones del sacerdocio, un exemplo vivo de la preparacion inmediata que debian tener ántes de recibir la imposicion de las manos y anunciarse como los dispensadores de los misterios de Dios: no penetremos en el Cenáculo para contemplarle cuando celebra la nueva Pascua, instituye el Sacramento augusto de su Cuerpo y de su Sangre, le distribuye por sus pro-

pias manos á todos sus apóstoles, y les da el poder, y les impone el precepto de hacer aquello mismo en memoria suya: no entremos con él en el retirado jardín de las Olivas para ver cómo se postra delante de su Eterno Padre, y siente la penosa lucha entre la naturaleza humana y el amor generoso, y suda sangre, y repele y llama el cáliz de la muerte, y se ofrece á la Justicia Divina por los pecados del mundo: no visitemos en espíritu aquella roca puesta en la cima del Calvario como el receptáculo de la Cruz en que espira el Redentor, y el primer altar del Sacrificio cristiano: prescindamos de todo esto, hermanos míos, para venir directamente al sacerdocio considerado en el hombre.

¿Quién es éste á quien vemos en ese altar, sagradamente revestido, ejercer funciones augustas, consagrar, consumir y distribuir á los fieles el Cuerpo de Jesucristo? ¿Quién es éste á cuyos pies se postran los mismos reyes, como reos miserables, pendientes de una palabra suya para volver á la vida? ¿Quién es éste que desde la tribuna evangélica despide una luz que conduce la verdad mas elevada, misteriosa y fecunda hasta la mente de los aldeanos y la naciente razon de los niños, despues de haber hecho enmudecer á los sabios de la tierra? "Es un sacerdote, os responderé, es un ministro de Jesucristo," y esta respuesta vale por todo. ¿Pero por qué causa, me replicaréis entónces, un hombre ha podido ejercer esta mision, ocupar este lugar, y aparecer con este rango? porque Dios lo quiso, porque se dignó llamarle, le otorgó la mision, le consagró sacerdote, y esto era bastante. Si despues de esto, católicos, hai alguno de vosotros que, no considerando aqui mas que al hombre, se admire, como los judíos delante de Jesucristo, y explique la sorpresa que le causa este divino poder, diciendo como aquellos: "¿No es este el hijo del artesano?" si en presencia de nuestras funciones augustas os veis tentados de desconocernos por la humildad de nuestra cuna, la oscuridad de nuestro rango, la pobreza de nuestra condicion, la modicidad de nuestros conocimientos, la cortedad de nuestros alcances, y si queréis tambien, hasta nuestras miserias humanas, os responderé igualmente: "Es un sacerdote:" lo es, porque Dios mismo le concedió tal dignidad, sin que para otorgarla necesitase sino solo de quererlo. El rango, la nobleza, la opulencia, los antecedentes ilustres, las grandes influencias no entraron jamas en su pensamiento para elegir á sus ministros: la fragilidad humana tampoco le sirvió de obstáculo para revestirlos de tan alta dignidad y delegarles tan inmensa potestad. Sean cuales fueren sus antecedentes, su condicion y aun su conducta, nada de esto mengua en un ápice la elevacion de su carácter, ni el poder de su ministerio, ni la validez de sus actos. Si

quisieseis, hermanos míos, buscar alguna proporcion entre el hombre y su ministerio en la persona del sacerdote, bien puedo aseguráros con toda verdad que os fatigaréis en vano. Y si á pesar de esta explicacion insistís, como el judío pertinaz, en apelar al conocimiento que tenéis de nuestros padres y parientes, para extrañar la dignidad, el poder y la grandeza de nuestro carácter y mision, os remitiré á Jesucristo para que os explique los motivos de su conducta; ó mas bien, os dejaré con lástima divertidos en el empeño de someter á vuestro cálculo mezquino los designios eternos del Señor.

Hombres elige Dios para tan alto ministerio, es decir: criaturas frágiles y miserables; pero, ¿qué predileccion tan singular les manifiesta cuando los llama! ¿de qué grandeza tan augusta los reviste cuando los instituye! ¿cuántas gracias abundantísimas les dispensa y qué poder tan grande les comunica cuando los envía! ¿Qué asistencia tan continua les presta en el ejercicio de su mision! ¿Cuán venerables y sagrados los hace aparecer en clase de vicarios suyos ante la fe del Universo! Ministros de un reino que no está limitado por el espacio ni medido por el tiempo, ejercen un principado sobre el cual no tienen derecho ninguno las supremas potestades del siglo. Desde el momento mismo en que, obsecuentes á la voz que los aparta del mundo para el servicio exclusivo del Altísimo, ingresan en el respetable cuerpo del clero católico, todo anuncia en cada uno de ellos al hombre de la religion, al candidato del sacerdocio eterno. Jesucristo es quien hace la eleccion, quien determina su ingreso y otorga con el orden respectivo la mision á que le destina. El dijo á sus apóstoles y discípulos, y en ellos á cuantos habian de hacer sus veces en la tierra: "No me habéis elegido vosotros á mí; sino ántes bien, yo os he elegido á vosotros."<sup>1</sup> Y no quedando satisfecho con esto, virtió un concepto cuya sola meditacion bastaria para llenar todo el espacio de la vida humana. Colocado El mismo entre su Eterno Padre y el sacerdote, parece haber querido eslabonar en la Primera Persona de la Trinidad Augusta esta misteriosa cadena que forma en la tierra el sacerdocio católico. "Así como mi Padre me ha enviado á mí, dijo á sus apóstoles, así tambien yo os envío á vosotros."<sup>2</sup> ¡Palabras de profundísimo sentido! ¡palabras que despiden un esplendor celestial sobre la frente de cada uno de los que componen tan venerable cuerpo, mostrándole á los ojos de los fieles con la misma investidura que El tenia como Enviado de su Eterno Padre.

<sup>1</sup> Nonne hic est fabri filius! Nonne mater ejus dicitur Maria, et fratres ejus Jacobus et Joseph et Simon et Judas: et sorores ejus nonne omnes apud nos sunt? Unde ergo huic omnia ista? Matth. cap. XIII, vv. 55, 56—2 Joann. XV, 16.—3 Id. XX, 21.

¿Qué origen tan excelso, hermanos míos! ¿qué rango tan sublime! ¿qué lugar tan encumbrado en la escala de todas las gerarquías! ¿qué vocacion tan santa! La misma voz que puso al Sumo Sacerdote Aaron al frente del antiguo culto de los hijos de Israel; la misma voz que hacia subir entre los judíos tal vez á un hombre ignorado hasta el rango de profeta; la misma voz que asoció á la mision del Mesías á los humildes pescadores de Galilea, é hizo pasar del telonio al cuerpo de los apóstoles y figurar en el rango de los evangelistas á un publicano, es la que llama, con todo el ascendiente de la gracia y el derecho del mas pleno poder, al ministerio de los altares á cada uno de los que reciben la imposicion de las manos. ¿Dónde está, pues, la ascendencia ilustre que pueda sostener un paralelo con el sacerdocio cristiano en la cuestion de la nobleza? ¿dónde los títulos capaces de igualar á los que exhibe uno de sus ministros á los ojos de la fe? ¿dónde un rango que pueda figurar sin eclipse junto á uno de estos que representan aquí al mismo Cristo en Persona? ¡Ah! no es posible dar un solo paso con la reflexion, para seguir la marcha del sacerdocio, sin quedar profundamente abismado, sin anonadarse ante una magestad que apenas cabe en la tierra!

¿Y qué os diré, católicos, de esa preparacion tan dilatada, misteriosa y espiritual que la santa Iglesia exige para conferir la sublime potestad del sacerdocio? ¿Qué votos los que presiden al humilde rendimiento de la voluntad á la vocacion del cielo! Una serie de prácticas, dirigidas todas á formar el espíritu eclesiástico, disponen á cada uno para el solo hecho de ingresar al cuerpo del clero; y desde ese momento en que, para servirme de la sagrada frase de la Iglesia, deja el hombre para siempre la ignominia del hábito secular para recibir el humilde pero glorioso uniforme de la milicia sagrada, va recorriendo paso á paso una escala ascendente, cuyos grados le hacen subir de dignidad en dignidad, hasta que, recibiendo con la imposicion de las manos el sacerdocio, entra en la posesion de un poder el mas grande y excelso que ha ejercido el hombre sobre la tierra.

¿Queréis, empero, presenciar su inauguracion solemne, saber en qué consiste la potestad que el mismo Dios le comunica, y ver hasta dónde llega la grandeza consiguiente á tan elevado carácter? Vedle postrado á los piés del Pontífice. Ved á éste cómo, levantando su voz, le advierte, inculca y encarece los grandes objetos que abraza la mision del sacerdocio; el espíritu con que debe acercarse á recibir un órden cuya sublimidad bastaria para sobreoger de temor á los mismos ángeles; la solicitud incansable con que incesantemente debe trabajar en hacerse digno mas y mas cada dia, con su esmero en adquirir la perfeccion, con la rectitud de su con-

ducta y las virtudes que en él resplandezcan, de un carácter verdaderamente divino, cual es el que recibe. Pone á su vista, como ejemplos ilustres, el sacerdocio de la Lei antigua, aquellos setenta ancianos que profetizaban á los presbíteros de la Lei nueva, y aquellos setenta y dos discípulos que Jesucristo envió de dos en dos á predicar. Enseñale cómo esa cadena gerárquica, formada por los varios órdenes del clero y correspondiente á diversos ministerios, no forma sino un solo cuerpo, el Cuerpo místico de Jesucristo en su parte mas noble, en su mas preciada hermosura, y cómo tan alta representacion es una lei que le impone como un estrecho deber el de ser santo como Jesucristo es santo, y esforzarse todo por imitar, en su conducta, en su porte y en el ejercicio del ministerio, á este modelo divino. Su poder, consiguiente del todo á la mision que se le otorga, tiene cinco objetos diversos y un fin á que se encaminan todos. ¿Cuales son aquellos? Ofrecer, bendecir presidir, predicar y bautizar. ¿Cuál es el fin? La gloria de Dios en la santificacion y salvacion de los hombres por medio de tan augustos ministerios.

¿Y qué ofrece el sacerdote? Ofrece al mismo Jesucristo. ¿Veis á este hombre tomar las vestiduras sagradas, como el Verbo de Dios tomó nuestra humanidad; marchar lentamente hácia el altar, como Jesucristo Señor nuestro descendió del cielo á la tierra, de la eternidad al tiempo, y hecho hombre, caminó lentamente con el reposo de la Magestad, si bien de una manera oculta, durante la mayor parte de su vida, desde las pajas de Belen hasta las cumbres del Gólgota? ¿Veisle hacer una grave posa con recogimiento profundo ántes de acercarse al *Sancta Sanctorum*, humillar su frente delante del Eterno, confesándose reo é indigno de ejercer una mision tan augusta, como Jesucristo ántes de comenzar su mision pasó cuarenta dias en el Desierto, consagrandolo con su exemplo la penitencia del hombre, y ántes de consumir su sacrificio, se postró delante de su Padre como un reo cargado de los pecados del mundo! ¿Veisle asirse de la esperanza de ser vivificado por la misericordia del Señor para acercarse al altar, pidiendo fervorosamente quedar limpio y purificado de toda culpa con el fin de llamar á sus manos y conducir á su pecho á la Magestad eterna de un Dios? ¿Veisle visitar en espíritu las catacumbas, evocando las sagradas reliquias que ellas depositan, como apoyo de los ruegos que dirige á la divina misericordia para ser perdonado? ¿Veisle asociar al pueblo á su oracion, repasar las memorias de los primeros operarios evangélicos, y hacer una travesía misteriosa de recuerdos y plegarias, á fin de irse acercando mas y mas hasta el grado de pureza que demanda el inculpado Sacrificio que debe ofrecer al Eterno? ¿Veisle tomar el pan en

sus manos y despues el vino, hacer de ambas cosas una oblacion mística, referir á esta oblacion sus nuevas y fervorosas preces, volver á tomar estas dos sustancias en sus manos, y con ellas á la vista, pronunciar en persona del mismo Jesucristo las palabras misteriosas? Pues, católicos! recoged vuestro espíritu en presencia de este espectáculo; asíos fuertemente de toda vuestra fe para contemplarle; arrojad mui léjos de vosotros cuanto hiera ó afecta los sentidos; sacudid noblemente los pensamientos que no pertenecen á la eternidad; quedad absortos en presencia del misterio que se consume cuando en los labios del ministro espira la última palabra de la Consagración! En este momento supremo, en este acto misterioso y sublime, sobre esa ara de piedra, se obra un prodigio, es poco; un milagro, es poco; una cosa superior á la creacion misma, es poco todavía: se obra lo que no vió el ojo miserable del hombre, lo que no comprende bastantemente la inteligencia del ángel; se obra una cosa que oprime la inteligencia, vence la palabra, enagena el espíritu, arroba y extasia profundamente á los moradores del Empíreo. . . ! ¡Veis esa figura, esas apariencias de pan y vino, que pocos momentos há eran una realidad, y actualmente han dejado de existir? Pues acabó el pan, acabó el vino: allí no hai otra cosa que el Cuerpo y la Sangre del Redentor del mundo. . . ! ¡Ah, católicos! si tuviésemos aquella fe que tan augusto misterio demanda; esa fe, cuyo esplendor opaca los horizontes iluminados por el astro de los dias, y las brillantes luces de los mas esclarecidos ingenios; esa fe que basta para aniquilarlo todo en presencia del Dios de la vida, y hace olvidar el Universo y cuanto contiene á la vista interior del que le crió; ¡cuál quedaríamos todos en presencia del Sacerdote, cuando con solo abrir sus labios y articular en persona de Cristo las palabras de la Consagración, hace descender á sus manos real y personalmente al Hombre-Dios, y le radica en la tierra, depositándole en el Tabernáculo, y hace por este medio que esté continuamente habitando con nosotros durante nuestra carrera mortal?

¡Qué gracias pues, hermanos míos, no saldrán de esas manos consagradas con el Cuerpo de Jesucristo mismo, cuando se muevan para bendecir! ¡Con qué derecho este sacerdote se pone al frente de las juntas de los fieles presidiéndolos á todos en el Nombre de Jesucristo! ¡Cuál será la virtud que se derrama por los pueblos con la palabra que sale de sus labios, cuando subiendo á las alturas, anuncia el Evangelio con su predicacion en las numerosas asambleas de los fieles! ¡Qué digno y poderoso aparece, cuando en la sagrada fuente regeneradora recibe al niño en sus brazos, baña su frente con el agua, y en el Nombre de la Trinidad Augusta le hace, rena-

er en el Espíritu Santo, y le coloca en el nuevo reino, trocando la vestidura hereditaria de la primera culpa con el cándido lino de la inocencia recuperada en el Bautismo!

Mas no nos detengamos aquí, hermanos míos: porque todos estos ministerios, con ser tan grandes, no circunscriben los límites del poder otorgado al sacerdote por el mismo Jesucristo. Despues de haber dado el Pontífice al nuevo presbítero la vestidura que representa la caridad propia de tan augusto ministerio; despues de haberle otorgado la potestad para ofrecer á Dios y celebrar por sí mismo el Sacrificio incruento en favor de los vivos y los difuntos, y despues de haber hecho sonar en sus oídos aquellas palabras de Jesucristo á sus apóstoles en la noche de la Cena: "Ya no os llamaré siervos, sino amigos míos:" termina la serie de otorgamientos, cuyo conjunto representa la suma del poder sacerdotal, poniendo sus manos en la cabeza del sacerdote, y diciéndole al mismo tiempo: "Recibe el Espíritu Santo: quedan perdonados los pecados á aquellos á quienes los perdonáreis; y quedan retenidos á los que se los retuviéreis." <sup>1</sup> Dice; imprime sobre él un ósculo reverente de caridad; engalana sus hombros con la estola de la inocencia, y le despide con su bendición á resplandecer con la luz de la virtud y de la doctrina, y á renovar todos los dias el Sacrificio incruento, y á esparcir entre los fieles la semilla de la palabra evangélica, y á introducir en el seno de la Iglesia por el Bautismo á los que arriban á la vida, y á despedazar el yugo del demonio, desatando á las almas penitentes rendidas á sus piés de las ligaduras tiránicas del pecado.

Y no imaginéis, hermanos míos, que al poner á vuestra vista la venerable ceremonia de la ordenacion sagrada, con el fin de que presenciéis la comunicacion de ese poder ejercido por el sacerdote, no imaginéis, digo, que haya en esto cosa ninguna que no hubiese sido instituida inmediatamente por el mismo Jesucristo. Ya os he dicho cómo al instituir el Sacramento de la Eucaristía, comunicó á sus apóstoles, y en ellos á cuantos habian de sucederles en la serie de los siglos, la potestad explicita de hacer aquello mismo en representacion y memoria suya: y ahora solo añadiré que la concesion de esa potestad sublime de perdonar ó retener los pecados, fué hecha por el mismo Jesucristo á los apóstoles dos veces: una en el curso de su predicacion, cuando les dijo: "Todo lo que atáreis sobre la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatáreis sobre la tierra, será desatado en el cielo;" <sup>2</sup> y otra despues de resuscitado cuando, estando ellos reunidos á puerta cerrada, los sorprendió, pe-

1 Joann. cap. XXI, v. 22 y 23.— 2 Math. cap. VIII, v. 18.

netrando en aquel recinto sin abrir las puertas, y arrojando sobre ellos el aliento, les dijo: "Recibid el Espíritu Santo: quedan perdonados los pecados á aquellos á quienes *vosotros* los perdonáreis, y quedan retenidos á los que se los retuviéreis *vosotros*."

Ved, pues, hermanos míos, cómo del mismo Jesucristo Señor nuestro se deriva inmediatamente, y de la manera mas clara y visible, toda la potestad que los sacerdotes ejercen segun sus diversos ministerios, siendo con toda verdad sus representantes natos, pues los envió El del mismo modo que El habia sido enviado por su Padre. Ved aquí, no solamente el origen divino, sino tambien la independencia del ministerio católico: porque, venido del mismo Jesucristo sin intervencion alguna de ningun poder humano, es superior á todo poder, á toda razon, á toda voluntad, á todo influjo terreno. Ved aquí la libertad de derecho que tan angusto ministerio tiene para su ejercicio, y cómo este concepto es, no solo una verdad y un título de inmediata consecuencia, sino tambien un principio establecido y una sentencia pronunciada por el mismo Juez de vivos y muertos. "El que os oye á vosotros, me oye á mí, y el que á vosotros os desprecia, me desprecia á mí;" dijo en cierta ocasion, así como en otra lanzó un tremendo anatema contra cualquiera de los enemigos contumaces del sacerdocio; diciendo: "Si no oyere á la Iglesia, sea para tí como gentil y publicano."<sup>1</sup>

¡Pero queréis que os hable del solemnísimos acto en que instituyó el Redentor del mundo en toda su plenitud la mision del sacerdocio católico? Trasladáos conmigo en espíritu al memorable dia en que Jesus, ya resucitado y poco ántes de regresar al cielo, da una cita solemne á sus apóstoles para la montaña de Galiléa. Vedle aparecer allí con toda la magestad de su triunfo, hacer sentir á los fundadores del nuevo reino, á los primeros pontífices del cristianismo, á los depositarios de su espíritu y de su amor, á los mas antiguos representantes de su Augusta Persona, á los primeros legatarios de un mundo ciego para ilustrarle, corrompido para purificarle, muerto para tomarle á la vida, toda la magnificencia de su rango, toda la suma de su poder y toda la grandeza de su ministerio.

Vedle, católicos: ved ese cuadro; contemplad la Persona que le domina; notad el rendido vasallaje de los apóstoles y su respetuosa expectativa de lo que va á suceder. Toda la Iglesia docente, no solo de entónces, sino de los siglos futuros, parece recogerse allí, ocupando la supercie de aquella montaña privilegiada. Todos los astros del nuevo cielo, soles esplendentes que habian de cruzarse sobre la tierra

<sup>1</sup> Matth. cap. XVIII, v. 17.

derramando la luz celestial, custodios y distribuidores excelsos de la verdad eterna; todos los miembros de la sagrada tribu, que habian de sucederse despues, me parece que, arribando á la existencia muchos siglos ántes que les llegue su dia, suben desde las posteridades mas remotas, y unidos con los ángeles y con todos los justos de la Lei antigua, llenan con su presencia aquellos espacios, para asistir personalmente á la divina inauguracion del sacerdocio católico. Oid, hermanos míos, á Jesucristo: escuchad lo que vierte por sus labios el Verbo Eterno, la Sabiduría increada: recoged en vuestras mentes las palabras que pronuncia, este nuevo *fiat* mui mas fecundo que el que hizo brotar al Universo de la nada, pues de él se hallaba pendiente, para llegar á su plenitud, toda la Iglesia católica. Jesucristo, poniendo á la vista de sus apóstoles la vasta extension del Universo, recogiendo en presencia de ellos la indefinida carrera de los siglos, y sometiendo á la autoridad que va á concederles todas las generaciones, les dice: "A mí se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Id pues, é instruid á todas las naciones, bautizándolas en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándolas á observar todas las cosas que yo os he mandado. Y estad ciertos, que yo estaré continuamente con vosotros hasta la consumacion de los siglos."<sup>1</sup>

¡Qué cuadro, hermanos míos! ¡qué escena! ¡qué solemnidad tan sublime! ¡qué inauguracion tan augusta! Todo lo habia hecho ya el Salvador, todo lo tenia perfectamente declarado, nada le quedaba por hacer ni por decir para acreditar al sacerdocio ante las naciones como una obra exclusivamente suya; y sin embargo, no quiere regresar al cielo sin hacer una ratificacion solemnísimas, una institucion pública y magnífica del poder que dejaba establecido en la tierra. Con tal objeto los reúne, les manda partir por todo el Universo, predicar á toda criatura, y llevar la fe á todos los pueblos con una sancion eficaz, cual es la vida eterna para los que crean, y la eterna muerte para los que no quieran creer:<sup>2</sup> les da la mision de bautizar, y con ella la de administrar todos los sacramentos que dejaba instituidos: los declara preceptores natos y maestros divinos de todo el género humano, mandándoles instruir á todas las naciones: los pone en posesion del poder dogmático y moral, y de la jurisdiccion mas plena: se identifica con ellos, no solamente por haber dicho que el que los oye le oye, y el que los desprecia le desprecia, y aun por haber lan-

<sup>1</sup> Matth., cap. XXVIII, vv. 18, 19, 20.— <sup>2</sup> Euntes in mundum universum: prædicæte Evangelium omni creaturæ. Qui crediderit et baptizatus fuerit, salvus erit: qui verò non crediderit condemnabitur. Marc., cap. XVI, vv. 15 y 16



zado un terrible anatema sobre los que no quisiesen oír á la Iglesia, sino tambien por la formal y explícita promesa que les hizo á todos, ya para concluir, de estar siempre con ellos hasta la consumacion de los siglos.

¿Dónde está pues, os preguntaré ahora, el fundamento de esa ceguedad inexplicable de un mundo que desconoce la dignidad suprema del sacerdocio? ¿Cómo excusar esta conducta bárbara despues de esa revolucion inmensa producida en la tierra por el advenimiento del Mesías, y de la solemnidad que con Este instituyó, dignificó, autorizó y engrandeció en sumo grado al sacerdocio? ¿No es necesario, decidme, para llegar al extremo de desconocerle, de despreciarle, de verle con tal indiferencia, no solo renunciar á la fe, sino aun despojarse del sentido comun? ¿Dónde hallar, entre todas las instituciones humanas, una mas firme, una mas poderosa, una mas visible? ¿Dónde hallar un esplendor tan vivo como el que brilla en la frente del sacerdote cristiano? ¿Dónde una elevacion comparable siquiera con la altura en que colocó Jesucristo á los que ejercen este divino poder en la tierra?

¿Qué grande, católicos, qué augusto aparece á mis ojos el hombre, cuando despues de haberle visto naufragar tantas veces con todo lo que posee de mas brillante y fuerte, le miro aparecer en el mundo dignificado con un carácter, honrado con una mision, enaltecido con un poder, que le manifiestan, no solamente como el soberano de la conciencia en toda la tierra, sino tambien como príncipe respetado y glorificado en los cielos! Yo bien sé que la divina posibilidad no tiene límite ninguno; yo bien sé que la mirada del hombre no es capaz de recorrer el horizonte infinito que la Omnipotencia tiene delante de sí: pero cuando veo que un hombre aparece como socio del mismo Jesucristo, como plenipotenciario suyo en todos los paises y en todos los siglos; cuando veo que, en consecuencia de su carácter, tiene pendiente de sus labios á todo un Dios para hacerle descender de los cielos á la tierra, y pesa en sus manos los destinos eternos de toda la humanidad, confieso que no me es posible dar un paso mas allá en la contemplacion de lo que Dios puede para engrandecer al hombre, y me veo tentado de afirmar que la dignidad sacerdotal es la mayor y la mas excelsa que su liberalidad infinita ha podido conceder á una pura criatura.

Pero no basta, hermanos míos, ver la grandeza del sacerdocio en la dignidad de su carácter, en la extension de su poder y en el objeto de su mision: es necesario contemplarle asimismo en el ejercicio y desarrollo constante de este poder, en la accion y el influjo moral de su ministerio, en el establecimiento y la marcha de la religion,

en el cuadro general de las costumbres, en las necesidades inmensas de la humanidad, en las instituciones sociales y en la carrera de la civilizacion. No basta disipar con el esplendor de su grandeza las tinieblas espesas de un mundo ciego que le desconoce: es necesario al mismo tiempo mostrar los inmensos beneficios que ha hecho constantemente á la sociedad, y los incontestables derechos de su accion al reconocimiento de todo el género humano, para confundir al mundo ingrato que le aborrece y persigue.

## SEGUNDA PARTE.

¿Veis, hermanos míos, á esas personas cuyo misterioso retiro, cuyo continente modesto, cuyo traje humilde atraen de continuo en ciertas épocas las despreciativas miradas, y provocan el odio encarnizado y excitan la rabiosa furia de un mundo ciego y carnal? ¿Veis esa tribu repartida en los altares, en los templos, en los asilos del dolor y la miseria que afligen á la humanidad; esa clase, cuyos respetos dieron un tiempo el tono á las sociedades católicas, y han disminuido á medida que desaparecen de ellas la vida de la fe, y el supremo interes de la virtud, y el deseo de la vida eterna? ¿Veis el insolente orgullo con que los sabios y los fuertes del siglo vuelven hácia ellos una mirada irónica en los instantes mismos en que celebran los misterios augustos, difunden la verdad católica ó desarrollan la accion de su poder moral en favor de las conciencias? Pues yo os diré que estos hombres del desprecio, del olvido, de la ironía, de la diatriba; estos hombres, objeto cuando ménos de la indiferencia mundana, constituyen la personalidad ilustre de una institucion que debe ser vista, no solamente como la mas augusta, la mas grande, la mas excelsa, las mas poderosa de cuantas han existido sobre la tierra; no solamente como la mas digna, soberana y superior á todas porque su inauguracion en el reino de Dios se levanta sobre todas, y las reduce á entidades puramente transitorias, á objetos pequenísimos que apenas se perciben, á una especie de nadas, que brillan para desaparecer; sino tambien como la mas fecunda para producir todo linaje de bienes entre los hombres, como el instrumento de esa gran restauracion obrada en el mundo entero desde el establecimiento del cristianismo, como la depositaria de la verdad eterna, la maestra de la razon, la reguladora de las costumbres, la tutela de las leyes, el apoyo de las instituciones sociales, y la garantía permanente de la feli-